

BVEN HV MOR



SEMANARIO SATIRICO 40 CENTIMOS

Dibujo de TONO.—TERCER PREMIO de nuestro concurso de carteles.

Ayuntamiento de Madrid



Concursos de BUEN HUMOR

Buen Humor, que aspira a ser la primera revista satírica de España y cuenta entre su colaboración literaria y artística a los escritores y dibujantes humorísticos más ilustres, no quiere limitar su eficacia a ese brillante grupo de novelistas, cronistas, poetas, caricaturistas y dibujantes, cuyas firmas habrán de avalorar asiduamente nuestras páginas.

Buen Humor desea contribuir a la revelación de nuevos valores hoy inéditos y procurar que el humorismo español, de tan gloriosa tradición, se amplíe y magnifique.

Buen Humor anuncia, por lo tanto, los siguientes concursos:

NOVELAS HUMORÍSTICAS

BASES

A) El concurso queda abierto desde el día de la fecha, y se cerrará el día 31 de enero de 1922, a las seis de la tarde.

B) Los originales tendrán una extensión mínima de setenta y cinco y máxima de cien cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina y por una sola cara.

C) Los originales se firmarán con un seudónimo o lema y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

D) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos en el número de **Buen Humor** inmediato a la fecha de clausura, concederá el premio de

QUINIENTAS PESETAS

a la mejor

NOVELA HUMORÍSTICA

proponiendo a la Dirección de **Buen Humor** aquellas otras que considere recomendables para su publicación.

E) La Dirección de **Buen Humor** se reserva el derecho de adquirir dichas novelas, siendo condición indispensable para ello que revelen por escrito sus nombres y su asentimiento los autores respectivos, con arreglo a la lista de lemas recomendados.

F) La **novela humorística** premiada y las adquiridas se publicarán en varios números sucesivos de **Buen Humor**, ilustradas por notables caricaturistas.

G) Las obras no premiadas deberán ser recogidas de la Redacción de **Buen Humor** a partir del día siguiente de la publicación del fallo del Jurado en esta Revista y dentro del mes de febrero de 1922. Expirado este plazo, la Empresa no responde de los originales.

H) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su asentimiento y respeto a las anteriores bases.

HISTORIETAS

BASES

A) Las historietas habrán de ser originales, y el artista tendrá absoluta libertad para la elección de asunto y para su desarrollo, pero no se publicarán las groseras o de mal gusto.

B) No se limita el número de viñetas, pero habrá de tenerse en cuenta que cada una de las historietas ha de ser publicada en una sola plana de **Buen Humor**.

C) Los originales vendrán dibujados a la línea o a la mancha, sobre cartulina blanca y firmados con nombre o seudónimo. Se acompañará con cada original un sobre cerrado conteniendo el nombre del autor y su domicilio.

D) Desde la fecha hasta el 31 de enero del año próximo, se admitirán los originales en la Redacción de **Buen Humor**.

E) La Dirección de **Buen Humor** publicará por orden de entrega las historietas recibidas y admitidas, abonando por cada una de las publicadas la cantidad de **cincuenta pesetas**.

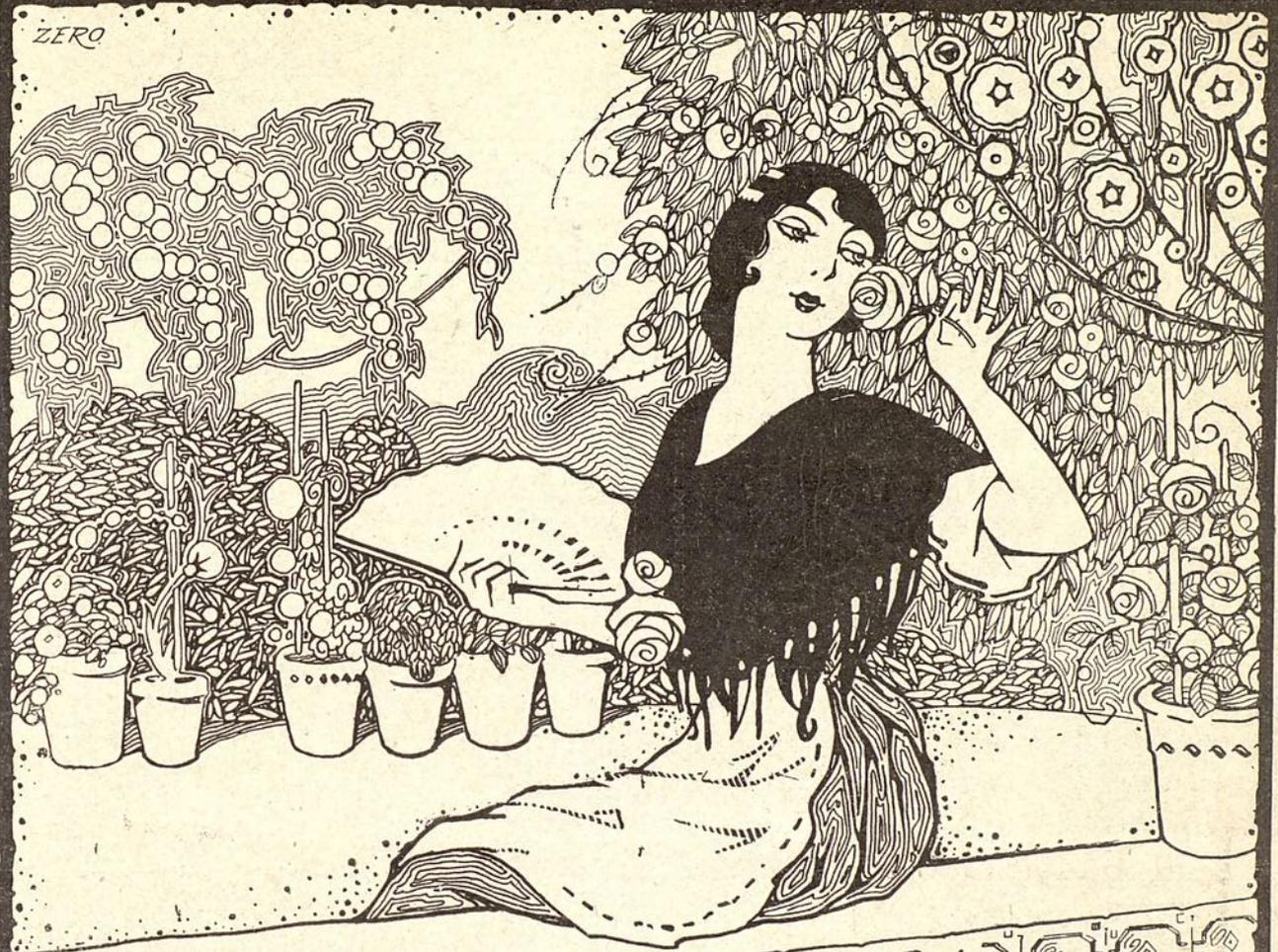
F) Una vez publicadas todas las historietas presentadas dentro del plazo indicado, durante un mes **Buen Humor** publicará un **cupón** para que todo lector de nuestro semanario vote la historieta que mejor le haya parecido.

G) El autor de la historieta que resulte con mayor número de sufragios percibirá el premio único, consistente en **doscientas pesetas**.

H) Semanalmente y en la sección de «Correspondencia» daremos cuenta de las historietas admitidas o rechazadas.



ZERO



COLONIA
JABON Y LOCIONES

CARMEN

PERFUMES GUIDOR

PARIS

BARCELONA

*

Astisenty & Co.

PELIGROS, 20
(Esquina á Caballero de Gracia)
MADRID
Teléfono 37-39 M.

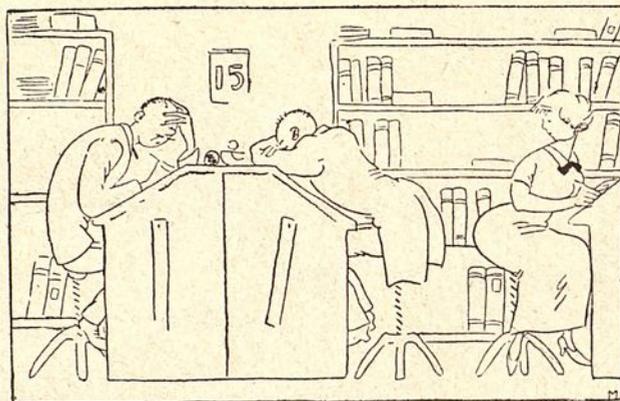
Camisería
Ropa blanca fina
Equipos
para novia

ÚLTIMAS NOVEDADES



AGUA DE COLONIA — CONCENTRADA —

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto.
ÁLVAREZ GÓMEZ. — SEVILLA, 2
(ESQUINA A ARLABÁN)



— ¡Cuánto daría porque me cambiasen de sitio!
— ¿Por qué? ¿Es que no le dejan trabajar los ronquidos de Meller?
— ¡Lo que no me dejan es dormir!

(De MAUDER, en Meggendorfer Blätter, Munich.)

Dirección telegráfica: RIDOCA
Code A B C, 5th edition.

Apartado de Correos núm. 88.
Teléfono núm. 15-11.

B. Hormaechea y Co.

NUEVA YORK

Representantes exclusivos en España
e importadores directos de

E. C. Atkins & Co.
Sierras y berbiqués de todas clases

Heller Brothers
Limas, martillos y cinceles

BILBAO: Eguía, 4.

Morse Twist Drill & Machine
Co., brocas para hierro y escariadores

Wiley & Russell Co.
Terrañas y machos para máquinas

BARCELONA: Valencia, 282.



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

Alesanco

CARRETAS, 6
PRIMERA CASA EN PELETERÍA
RENARDS :-: ABRIGOS
ÉCHARPES :-: CUELLOS

TALLERES PROPIOS
VENTAS POR MAYOR Y AL DETALL

Alesanco

CARRETAS, 6



— Yo sólo contesto a tus estupideces con el silencio.
— Esa es la única contestación que no me puedes dar precisamente.

(De BIRCH, en The Sptr, Nueva York.)

CREMA
REINA VICTORIA
LO MEJOR PARA EL CUTIS
PÍDASE EN PERFUMERÍAS

EL MEJOR INSECTICIDA
LEYER

De venta en farmacias, droguerías y perfumerías

HOTEL DE VENTAS  **MUEBLES PARA OFICINAS Y DE ARTE ANTIGUO ESPAÑOL**
ATOCHA, 34 — MUEBLES DE TODAS CLASES — MADRID



Inmenso
SURTIDO
EN JOYERIA, RELOJERIA Y PLATERIA:
PRECIOS DE FABRICA
Daniel Inclan
MONTERA 23 • BOLIVAR 23
MADRID MEXICO

LEA USTED EL PRÓXIMO NÚMERO DE

BUEN HUMOR

DEDICADO A NAVIDAD

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR
= ALCOHOLATO =
ABRÓTANO MACHO

Alcoholera. — Carmen, 10. — Madrid.



Madrid, 18 de diciembre de 1921.

EL SISTEMA PANGLOSS

DENUNCIAMOS ante el Gobierno al general Martínez Anido como antipatriota.

El general Martínez Anido se ha quejado de la falta de apoyo que encontró en el pueblo de Barcelona para proceder contra los encarecedores de la vida, contra los comerciantes ladrones. Destitúyase inmediatamente al Sr. Martínez Anido. Por mucho menos perdió su capitania general el marqués de Estella. El Sr. Martínez Anido se atreve a sostener una tesis contraria a la del Gobierno. El Gobierno ha dicho que la vida debe ser cara, debe ser muy cara, y ha tachado de antipatriota, de mal español, al que defiende cualquier otra teoría. Nosotros, simples ciudadanos, podemos acaso afirmar sin grave riesgo que la vida cara no nos conviene. Claro está que tal afirmación nos desprestigia ante el Gobierno; pero no ocurre ninguna otra desgracia. El Sr. Anido no está en nuestro caso. El Sr. Anido es un rebelde. Como, además de ser gobernador, es general, su antipatriotismo es cosa grave. Deportémosle. Este escarmiento servirá, por lo menos, para que los responsables de la derrota de Marruecos vean que el Gobierno español, cuando se decide a aplicar un castigo, es terrible.

El pueblo de Barcelona, al negarse a cooperar a la absurda pretensión de que no le robasen, procedió con arreglo a la conducta más límpidamente patriótica. (Véanse los discursos de Cambó y de la Cierva.) La vida de las naciones se ha complicado tanto, que el patriotismo ya no ese sentimiento de sencillez cristalina que se alberga por un error lamentable en el espíritu del Sr. Martínez Anido. El patriotismo impone ahora deberes hasta hace poco tiempo insospechados.

Usted, por ejemplo, va a la tienda de uno de sus abastecedores:

— ¿Cuánto cuesta una docena de huevos? — pregunta.

— Tres duros.

Usted opina entonces:

— Eso es un robo.

Pero el comerciante tira su sombrero al aire y grita:

— ¡Viva España!

Entonces usted debe saludar respetuosamente, callarse y pagar. Es como cuando, si usted juega al *poker* y dice: «Trío», le contesta su adversario: «Fulgen». ¿Qué hace usted entonces? Usted se limita a murmurar: «¡Qué suerte!»; y paga. Pues esto es igual.

Comprenda usted, Sr. Anido, que con este procedimiento han desaparecido todos los conflictos y todas las violencias, y la existencia se torna suave, y el gobernar es un juego de niños. El caso es que todos nos percatemos de las ventajas del sistema; en cuanto haya una minoría, aunque no sea más que una minoría, que se oponga a él, no sirve para nada; pero cuando todos coincidamos en su aprecio, hete aquí consumada nuestra felicidad.

Aun quedan muchos que, como usted, no se han sometido. El Sr. Cierva, cuando alguien denuncia en las Cámaras la desorganización militar que provocó la catástrofe de Marruecos, suele gemir:

— ¡Callémonos, por patriotismo!

Y no le hacen caso. Entonces solloza:

— ¿No habrá quien cante las glorias? ¿No es más grato cantar las glorias que hablar de los fracasos?

Y es. El caso es éste: tiene razón el Sr. La Cierva. Es más grato. Nos asombra que no se haya convencido ya todo el mundo. Pero una lógica tal, tiene que acabar por imponerse. Por no estar suficientemente extendida la teoría del actual Gobierno, ha habido muchos desórdenes públicos, han sido apedreadas las tahonas y asaltadas las tiendas de comestibles, y en las Cámaras oímos muchas cosas desagradables acerca de nuestra acción en Marruecos. Pues bien: cuando la



Dib. SILENO. — Madrid.

teoría triunfe, nada de esto ocurrirá. Si llegase la noticia de cualquier desastre, en vez de perder el tiempo y excitar los nervios con discursos agresivos, los diputados disertarían así:

— No se puede negar que hemos sufrido una espantosa catástrofe y que murieron veinte mil de nuestros hermanos. Pero, ¡ah, señores!, ahí está, para levantar el espíritu, la conducta del heroico cabo Pérez, que hizo esto, y lo otro, y lo de más allá. Todo se ha perdido, pero el gesto del cabo Pérez nos indemniza de todo. ¡Viva el Cid!

Y los hambrientos, los estafados por comerciantes codiciosos, en vez de asaltar las tahonas, organizarían mítines en los

que no sería raro escuchar peroratas como ésta:

— Queridos conciudadanos: ante este panecillo de cemento, no puedo menos de gritar: ¡viva España! ¿Qué país como el nuestro puede jactarse de poseer panaderos tan gordos? Mi traje me costó cien duros y me duró una semana; pero si este traje fuese de papel secante, ¿duraría tanto? Me atrevo a asegurar que no. Bendigamos, pues, al fabricante, que es tan generoso que no nos da trajes de papel. Ayer compré un pez. Estaba podrido. ¿Y qué? El vendedor pudo guardarse bonitamente mi dinero y no darme nada. La patria se lo consiente así. Entre la nada y un pez podrido hay un abismo, mis queridos hermanos, un abismo que es imposible llenar. Luego yo he salido ganando.

Señor Anido, esta teoría es la de la felicidad. Inscríbase usted entre sus adeptos. El mundo ha cambiado mucho, y las concepciones políticas también. El otro día, un diputado comentaba ciertos asuntos.

El presidente del Congreso le gritó:

— Siendo de Zaragoza, tiene usía el deber de expresarse patrióticamente.

Y el hombre calló, desconcertado.



Dib. TOVAR. — Madrid.

— No comprendo cómo te gusta tanto el cine, siendo ciego.
— Sí; pero no soy manco.

¿Cree usted que esto es una incongruencia? Señor Anido, usted no irá lejos, usted tiene demasiada buena fe. En una república de locos, lo mejor que puede hacer un cuerdo es procurar volverse loco en seguida. Si no, está perdido.

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

NÚMERO DE NAVIDAD

28 páginas. — Ilustraciones en color.
No dejéis de comprar BUEN HUMOR
el domingo 25.

Precio: 40 céntimos.

¡OH, LA INSPIRACIÓN!...

Oficina de Hacienda.
Pupitre verde... Manchas.
Secante por carpeta.

Llamo al portero: «¡Tinta!»
Pongo una pluma nueva
y ¡a escribir!...

Un poema:

«Te encontré por la vida,
¡oh tú!...» A Ella, es claro.
¿A quién va a ser? ¡A Ella!
La he visto por el patio de mi casa,
y dicen que «torea»,
lo cual que me impresiona, y, por lo tanto,
me estoy sintiendo desde ayer en vena
de cantar a las noches y a las nubes,
y al verde esperando en la pradera.
Porque estas sostenidas
tienen a veces ventoleras
sentimentales y...

¡vamos a ver lo que se pesca!
«...Te encontré por la vida, y desde entonces
la vida es flor, en flor de primavera...»

— ¿Me quiere usted poner esta minuta?
— ¡Me han hecho la santísima!... ¡Rediezla!
¡Señores, y qué empeño tienen todos
en coartar la inspiración poética!
Pero... ¡sí, sí! Cuando de veras brota,
¿qué fuerza humana habrá que la someta?
Sigue la inspiración como si nada,
que quieras que no quieras;
y es que he nacido yo para estas cosas.

MUY SEÑOR MÍO... Fecha...
CON FECHA DE HOY TRASLADO...

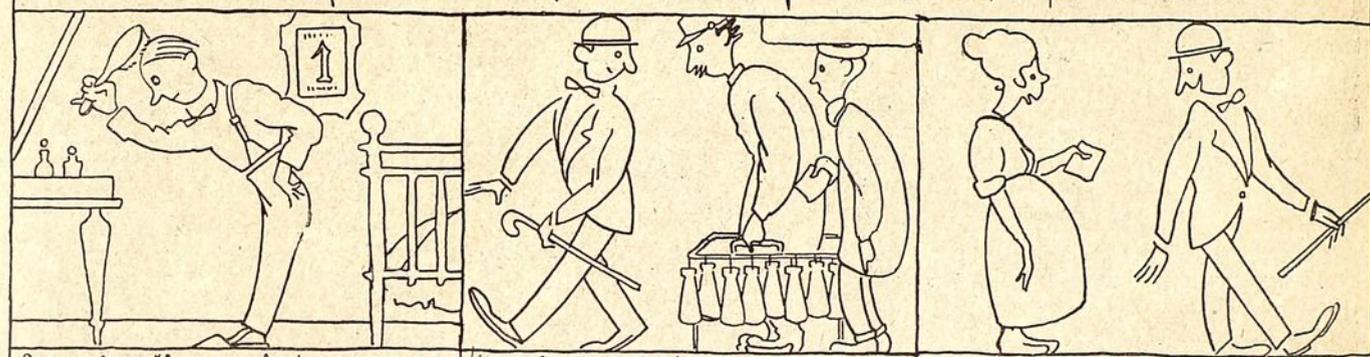
«... por la vida...
Primavera de amor... ¡Ay, quién pudiera...!
¡Mujer, mujer!...»

CON FECHA DE HOY TRASLADO A SU EXCE-
LENCIA...

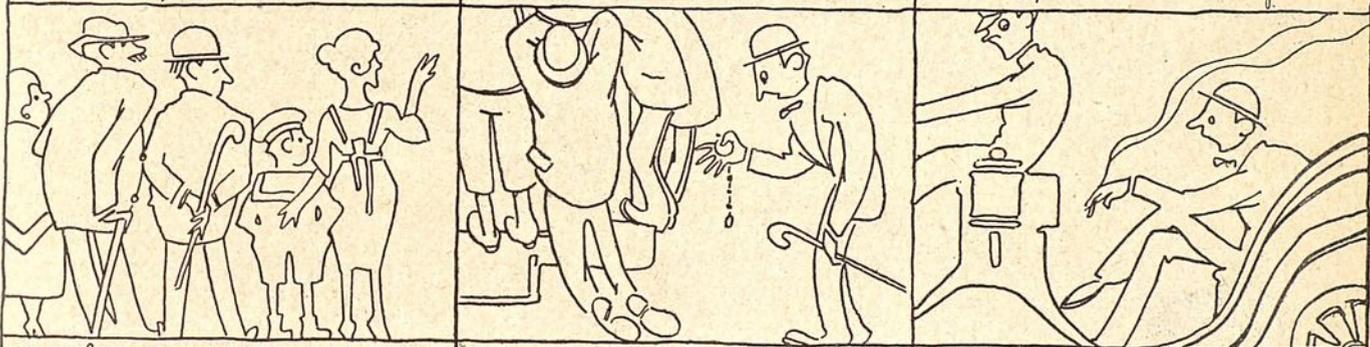
MANUEL ABRIL.

La vida, es fácil

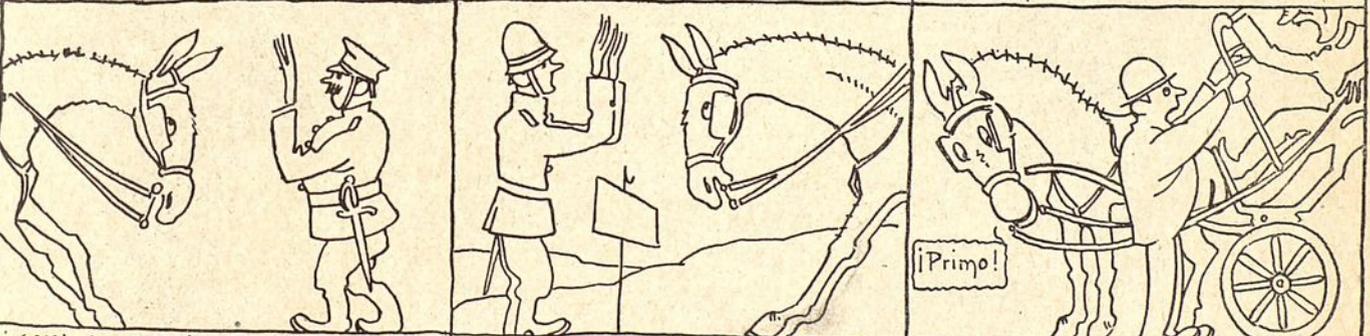
(Desventuras ocurridas a Juanito empleado, un día primero de mes) por Barbero



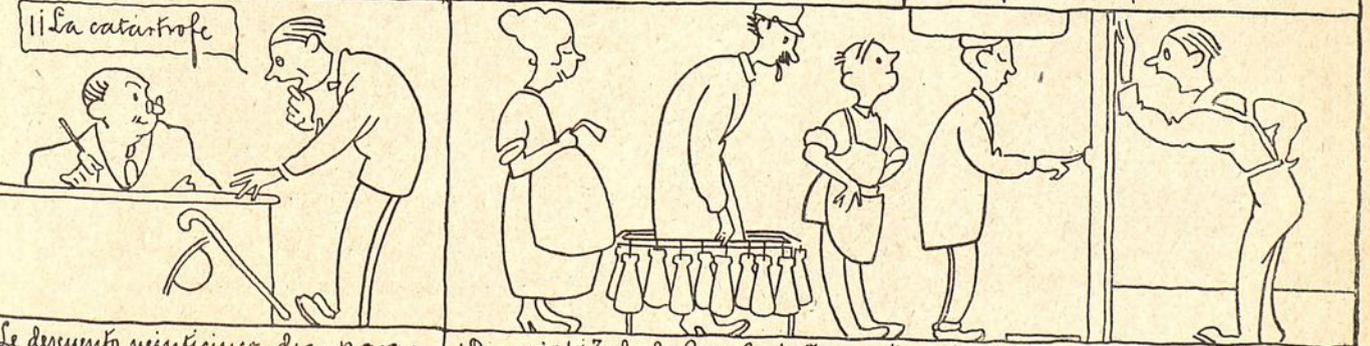
Gran día! Hoy se cobra! Digamos con el poeta! Alegrémonos de haber nacido!
 ¿No les molestará a ustedes volver, verdad? ¡Cómo aun no he cobrado!
 Bueno, días, amable por favor! El recibo? Si, ya lo abonaré luego



Una hora, dos horas, tres horas! Ah! ¡Allí viene un tranvía!
 "Ocho viajeros, una autoridad y dos empleados"... Bueno, formaremos un coche
 ¡A escape! ¡Hoy de ningún modo puedo perder la oficina....!



¡Alto! No se puede pasar. ¿No te has enterado de que ha habido hundimiento?
 ¿Atrás? No se puede pasar? ¿No ves que están adoquinando la calle?
 ¡Hoy te sales con la tuya porque es día primero, que si no....!



Se descuentan veinticinco días para otras tantas suscripciones benéficas
 ¡Dios mío! ¡Toda la Gran Bretaña contra mí! Ellos no cobran, hoy, desde luego, pero yo... Yo me pegana un tiro, pero ¿Vds. saben a cómo están los entierros?

Dib. BARBERO. — Madrid.

Modas y maneras

de hoy.
por José Zamora
1921

Hablar de elegancias es un tema más limitado que hablar de modas. Elegancias verdaderas hay pocas y son inmutables. Las modas, en cambio, como las epidemias, varían todas las temporadas, y surgen nuevas, que a veces son las antiguas con otro nombre.



El besamanos, fuera del ritual de las cortes europeas, está en desuso, y el que se obstina en revivirlo corre el riesgo de fracasar en su gesto, porque la dama no sepa tender su mano

Únicamente tiene cierta gracia adherida al beso sobre las uñas pintadas y pulidas que conservan aún un leve sabor de plátano y de rosa...

El maquillaje, hábil es como la buena educación, debería enseñarse en los colegios.



El maquillaje mal hecho es una indiscreción.

Una mujer verdaderamente chic no debe usar esos descotes que justifican la frase de aquel señor que ignoraba cómo era el traje de la dama sentada junto a él en un banquete porque no había mirado debajo de la mesa.



Más insinuante que el descote integral, que permite la impudica exhibición del defecto



excesos que nadie se atreve a mirar cara a cara - digámoslo así - es el traje severamente cerrado y austera mente opaco que se entreabre perversamente sobre la blanca y secreta desnudez.

UN INSTRUMENTO DE VENGANZA



¡Mí amigo Perico sufre una de esas contrariedades que rayan en lo trágico. El casero le ha dado un plazo de quince días para que abandone el piso que ocupa. No le echa por falta de pago o por «necesitar el cuarto», no. Le echa, sencillamente, porque los demás vecinos se han quejado de su vida licenciosa y de las visitas que Perico recibe casi a diario. Visitas rubias, visitas morenas, visitas castañas, visitas tobilleras, visitas crepusculares... ¡Un variado surtido de visitas!

Efectivamente: Perico no ha sabido elegir bien la casa para instalar su *garçonnière*. El ocupa el principal izquierda. En el de la derecha viven la viuda e hijas de un general. En el primero hay una academia *française* de señoritas. El segundo izquierda está habitado por dos viejas beatas. El de la derecha, por un orador sagrado. Y el tercero cobija, entre otros inquilinos menos significados, al redactor jefe de *La Guirnalda Seráfica* (revista cuatrimestral, católica y de gran información). Pero ¡por qué demonios se metió allí!... ¡A quién se le ocurre!

Perico recorre a grandes zancadas toda la casa, murmurando:

— Busque usted un piso, píntele casi todas las habitaciones, compre usted los muebles y gástese usted un riñón, para que cuando ya el cuartito comienza a adquirir cierta celebridad...

¡Hay que vengarse! Ni un momento lo ha dudado Perico. ¡Hay que vengarse!... Pero ¿cómo?

¿Una bomba de dinamita?

¿Abrir los grifos del baño y dejar que se inunde la casa?...

¡Bah!... Esos son procedimientos muy gastados. Perico quiere que su venganza sea original.

Además, con la bomba o la inundación, el más perjudicado sería el casero. Y Perico comprende que este señor no es responsable de su contrariedad; Perico sabe que ha obrado a requerimiento de todos los vecinos, que le han amenazado con dejar la casa vacía. Todo esto sin olvidar que, como buen conservador, Perico venera el derecho de propiedad rústica o urbana.

Hay que buscar una venganza que únicamente alcance a los vecinos y que les haga padecer a todos por igual. Esta venganza ha de ser tremenda, horrorosa, de una crueldad extremada; y ha de ser también de tal suerte, que

no caiga bajo la acción del Código Penal. Pero, a pesar de las vueltas y revueltas que da a las ideas en su magín, Perico no encuentra el procedimiento que busca.

Para descansar y distraerse enciende un pitillo, se acerca al autopiano eléctrico y pone el rollo de *Mon homme*.

Se abstrae, y cuando el rollo termina, automáticamente, vuelve a enrollarse, y luego, otra vez, y después, otra. Cuando Perico vuelve a la realidad, comienza la sexta repetición del *couplet*.

Se da una palmada en la frente. Saca el reloj. El *couplet* dura tres minutos y veinte segundos. Y el rollo sólo invierte cuarenta segundos en volver a colocarse en el carrete. Es decir, que en una hora el autopiano ejecuta quince veces *Mon homme*.

¡Estupendo!... ¡Estupendo!

Despide al criado, dándole un permiso de diez días para que se marche a su pueblo. Coge un maletín, y pone en él algo de ropa blanca. Como es hombre a quien le gustan los refinamientos, descuelga el receptor del teléfono y lo pone encima del autopiano, que sigue con *Mon homme*.

Abre la puerta, sale, la cierra con dos vueltas de llave, guarda ésta en el bolsillo, y se va a un hotel a pedir habitación y dejar el maletín.

Cuando ya han pasado dos días, Perico quiere enterarse de si su fiel autopiano sigue vengándole. Y para ello no tiene más que llamar a un teléfono y decir:

— ¡Central, con el 99-99!

El 99-99 es el teléfono de su casa. La señorita de la Central pone la clavija, y Perico oye unas cuantas notas de *Mon homme*.

¡Qué buen chico es este autopiano!... ¡Qué constancia; qué fidelidad en su cometido!...

Dos o tres días después vuelve Perico a pedir que le pongan en comunicación con su autopiano, quien le enterara de que sigue vengándole.

Al noveno día, Perico saca el cuadercillo de notas, y con lápiz hace la siguiente multiplicación:

$$24 \times 9 = 216 \times 15 = 3.240$$

El autopiano ha tocado ya tres mil doscientas cuarenta veces *Mon homme*.

— ¡Ya es bastante! — se dice Perico.

Paga la cuenta del hotel y se dirige a su casa. Cuando llega al portal, oye voces destempladas, gritos, gemidos, ruido de vajilla que se rompe y de muebles que se arrastran. Y también oye con la natural estupefacción que un coro formado por la viuda e hijas del general, el orador sagrado, las dos viejas beatas y el redactor jefe de *La Guirnalda Seráfica* (revista cuatrimestral, católica y de gran información), dice a voz en grito: «¡Es mi hombre!»

Llama a la portera.

— ¿Cómo tolera usted este escándalo? — le pregunta.

— ¡Qué le he de hacer, si soy mujer y sé querer! — contesta cantando y con los ojos extraviados.

Llama en la academia *française*.

Sale a abrir una doncella pizpireta.

Una voz agria, la de la directora, pregunta desde dentro:

— ¿Quién es?

— ¡Es mi hombre!

— ¡Es mi hombre! — repite la directora.

— ¡No, señora!... ¡Pues eso me faltaba! — replica Perico, ya fuera de sí.

— ¡Pero yo le quiero! — gritan las hijas del general.

Y entonces lo ve todo claro. Los vecinos se han vuelto locos.

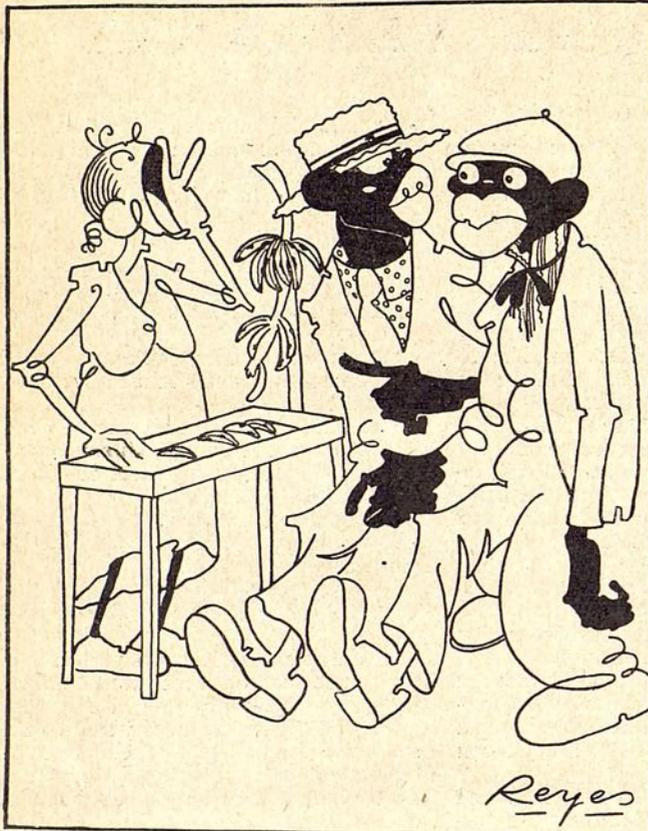
Su venganza está consumada.



Dib. ECHEA. — Madrid.

— O te sacudes los cuarenta y cinco, o me alisto en el Tercio.

ANTONIO GASCÓN.



Dib. REYES. — Madrid

LA VENDEDORA. — ¡Son de La Habana!...

UN NEGRO. — ¡Ya nos han cosido no más!

LAS COSAS DE LOS TEATROS

«EL CAUDAL DE LOS HIJOS»



elogiar ni al gran Parmeno.

OMBRE respetable y autor ilustre es don José López Pinillos. No nos guía al hacer la crítica que sigue otra intención que la del caricaturista, que exagera los rasgos más vigorosos, sin deseo de molestar ni zaherir. *El caudal de los hijos* es una gran obra; pero desde estas columnas no nos atrevemos a



Y como decíamos antes: *El caudal de los hijos* es una gran obra. Mejor que analizarla por nuestra cuenta, preferimos relatar su argumento y añadirle leves deducciones.

Figúrese el lector un matrimonio. ¿Ya se lo ha figurado?... Pues adelante. El matrimonio tiene un hijo. Ambiente cordial. Este matrimonio, que llamaremos A, ve interrumpida la cordialidad por la presencia de un ex novio de la señora A, que, de buenas a primeras, idea el rapto — por el método automovilístico — de la dama. A las frases vehementes del intruso responde el corazón de la señora A dándose cuenta

de que su esposo ha tenido varias aventurillas y de que es, en la jerga de la bullanga y del devaneo, un verdadero *pirandón*. Estos sensacionales descubrimientos llevan a su ánimo la convicción de que el viaje en *auto* es algo tentador y emocionante. Y prepara la fuga, tan poco hábilmente, que el señor A, que por esas singulares coincidencias de los dramas tiene una hacha en la mano y está escondido debajo de una escalera, escucha su mal y dificulta la excursión. ¡La que se arma! No quieran ustedes saber.

La cosa no llega a mayores porque el señor A es un hombre razonable y sentimental. Tienen un hijo, y es su criterio — y el del autor — que el único caudal que se lega a la descendencia es el de la honra familiar, sin mácula visible. Y hay un arreglo: para que nadie se entere, el matrimonio A vivirá junto, aunque pensando el uno del otro las más extremas atrocidades. *El caudal del hijo* se mantendrá íntegro. (Fin del acto primero.)

Han pasado muchos años. El matrimonio A vive ajustado al programa que ya conocemos. El hijo del matrimonio A se ha casado y forma el matrimonio B, que también tiene otro hijo, que sospechamos llegue a formar en su día el matrimonio C. Pero no nos adelantemos.

La historia se repite punto por punto: al joven B también lo engaña su esposa. Algo así como una proporción: hijo B : padre A :: señora B : señora A.

Hijo B, al enterarse de su desgracia conyugal — un paseo inoportuno hacia un cenador que bien pudiera ser *El pabellón del reposo discreto*, de la novela de Queiroz —, intenta el crimen reparador. Señor A, que tiene buena memoria, recuerda su caso y reprisa el sermón de que «el único caudal...», etcétera. Pero la señora A padece amnesia y aconseja el derramamiento de sangre. (Final del acto segundo.)

El espectador teme que el hijo del señor B, o sea el nieto del señor A, haya crecido y sea el señor C tan infortunado como sus antecesores. Pero no. No ocurre eso en el acto tercero. Nosotros aventuramos nuestra sospecha de que el autor tiende a evitar precisamente tal monotonía...

Lo que ocurre es que el señor A convence a su hijo B de que el crimen es una cosa poco cómoda. Y el hombre se resigna también, a mayor abundamiento, que su madre se ve obligada, por ser él testarudo, a referirle el drama del acto primero.

Nosotros creímos que allí daba fin tanta desdicha. Y nos equivocamos.

La señora A piensa que su nieto es un «predestinado» si no se corta por lo sano. Suponemos que llega a idear el infanticidio como un medio eficaz de librarle de la que le espera. Sin embargo, la señora A no se atreve a tanto. Aprovecha una discusión agria con su nuera — la señora B — y, cual el sindicalista único contra el sindicalista libre, hace uso de la Star y da fin de su hija política. Ya lo dijo el baturro: ¡Parentescos con u, pa tú! Ahí termina el drama.



Nosotros no estamos conformes con el título de la obra de Pinillos; no podemos estarlo. Llamase a su obra *Adonde fueres, haz lo que vieres*, o *Hay familias con desgracia*, o ... *Porque de ellos será el reino de los cielos*, y nosotros nada opondríamos. Pero eso del caudal es una broma. ¡Vaya unas herencias!



Don Jacinto Benavente leyó un día una comedia de un novel: *La señora presidenta*, de D. Félix Carazony. Se vió obligado a opinar, y ¡qué hacer! Dijo que de *Hamlet* a la *señora* esa no había un ápice de diferencia. En vista de lo cual se estrenó en Lara la comedia. ¡Y de *Hamlet* a la *presidenta* hay montañas!.. Que tendrá que salvar el Sr. Carazony.

JOSÉ L. MAYRAL.

APUNTES DE UN HOMBRE PÁJARO



UN ZOCO EN QUEBDANA

Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

PARA LOS NIÑOS

FISIOLOGÍA DE "BUEN HUMOR"

LOS HUESOS

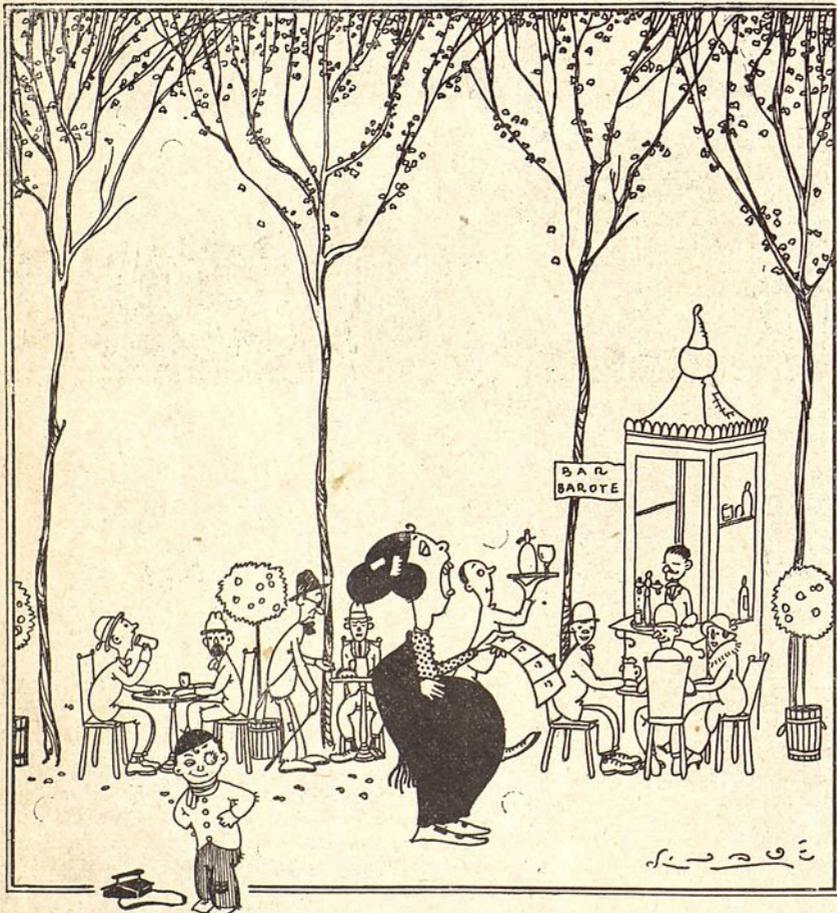
*Doscientos los huesos son del cuerpo humano.
Y todos son duros... (No hay ni un sevillano.)
Los huesos del cráneo son los temporales,
y los parietales, y tales, y tales...
Temporal existe izquierdo y derecho...
(Y a veces tenemos temporal deshecho...)
Con los cráneos se hacen platos para mesa.
(¡Al menos, Tenorio así lo confiesa!)
Del tórax se forma la recia armazón
con doce costillas y un fuerte esternón.
Hay costillas firmes, curvas y completas,
y hay costillas falsas, como las pesetas.
Las vértebras forman la espina dorsal,
y son treinta y cuatro, en cifra cabal...
Que ésas sólo sean es lo que yo alabo
(pues si más tuviésemos, tendríamos rabo).
Hay dos omoplatos (derecha e izquierda),
que son la fortuna del mozo de cuerda.
El cúbito, el radio y el húmero largo
componen un brazo que ni hecho de encargo...*

*El radio está cerca de nuestras muñecas...
(Y está el extrarradio cerca de Vallecas.)
El carpo a la mano da firmeza y brío
(y coge a la carpa si sale del río).
El fémur es hueso del muslo potente...
La tibia no es hueso frío ni caliente...
Las rótulas sirven de articulaciones
a los que no marchan como Romanones.
Las falanges, dedos, son de forma cónica...
(Y hubo una muy célebre que fué macedónica.)
(De la cual decía, por su coste y peso,
el propio Alejandro: «Me ha salido un hueso.»)*



*Y aquí el esqueleto queda relatado,
sin hablar del sacro. (El sacro es sagrado.)
Todos estos huesos de que hablé ahora mismo
van dentro, muy dentro de nuestro organismo.
Y sólo se exhiben de manera bella
bajo el automóvil que nos atropella.
El caso es frecuente. Por eso es hoy día
fácil el estudio de la Oseografía.
Mientras los Madriles no tengan alcalde
que a quien guíe un auto tenga bien sujeto,
en cualquier plazuela podréis ver de balde
los doscientos duros de nuestro esqueleto.*

LUIS-DE TAPIA.



EN DÍA DE SORTEO
— ¡Hoy sale..., hoy!

Dib. LINAGE. — Madrid.

MUNICIPALES

A la hora en que escribimos estas líneas, Madrid se encuentra bien — ¡gracias! — y sin alcalde de elección popular. El marqués de Villabrágima le ha hecho una faena al conde de Limpias y le ha tirado por un balcón a los jardinillos de la plaza de la Villa.

Dijéramos que el Municipio ha realizado una jugada sucia con Limpias, si no temiésemos la justa indignación de la gente.

Ahora andan Álvarez Arranz y Villabrágima disputándose por todos los medios el sillón vacío. Es aquello algo así como una orgía de ofrecimientos y de concesiones.

Decimos que es orgía, y no bacanal, para no hacer el chiste. ¿Ustedes conciben una bacanal con una sola vacante?...

Hasta los mismos guardias municipales lo comentan:

— ¡Has visto? ¡Es una cosa que repugna!

— ¡Da vergüenza vestir este uniforme! ¡Es para tirar el sable y el casco!

— ¡C'asco!

CUENTOS PINTOESCOS

DON ANTONIO ES UN HOMBRE DE ORDEN

Don Antonio tiene una boquilla de ámbar, unos lentes montados al aire y una airosa curva abdominal.

Tiene también una mujer muy bonita, picante y pizpireta; así como la costumbre de silbar para que le abran la puerta del piso.

Es bajito.

Todos los días, excepto los domingos, se levanta a las siete en punto de la mañana, se pone las zapatillas y da un beso a su mujer, que, por lo regular, se vuelve del otro lado, y después se queda en la cama bastante tiempo.

Don Antonio se lavotea luego las manos y la cabeza en el agua fresca de la palan-gana y se viste minuciosamente, mirándose a cada momento en el espejo del ropero.

Por último, sale de la habitación con un pequeño balanceo al andar.

En este momento es cuando D. Antonio comienza a vivir la parte más interesante de su programa cotidiano.

Entra en el comedorcito, donde ya le espera, preparado por Bernardina, el chocolate con picatostes...

Pero antes de tomar el desayuno, don Antonio se dirige al balcón, a dos pasos, deja de par en par abiertas las puertas de cristales y mira al fondo de la calle, del que sube una confusa greguería matutina. Se despereza, lanza un ¡ahl! de satisfacción, se frota las manos, y, por fin, después de todo este prolegómeno de sibarita, D. Antonio se sienta ante la mesa y se toma el chocolate, mojando lentamente los picatostes y leyendo al mismo tiempo el periódico, que ya Bernardina le ha desplegado y colocado a su izquierda.

PERO EN ESTO...

En esto, alza la cabeza y mira al reloj de péndulo, colgado en la pared.

— ¡Caramba, las ocho menos veinte!...

Entonces se apresura, echa una rápida ojeada a los anuncios de la cuarta plana y se marcha, cerrando con cuidado la puerta del piso para que Elvira, su mujer, no se despierte.

Como se ve, D. Antonio es un hombre de orden.

Además, es contable de una gran casa de tejidos de la calle de Atocha, que es adonde se dirige presuroso todos los días después de tomar el desayuno.

Allí, sentado en una banqueta muy alta, que parece el trípode de una pitonisa, se pasa la mañana escribiendo en unos libros muy grandes unos números muy chicos.

En esos momentos es arriesgadísimo hablarle, porque se enfrasca en su labor de tal modo, que, obsesionado con las operaciones que ejecuta, es capaz de cualquier incorrección.

Siente la voluptuosidad de su tarea, y



VOGUE

Dib. MIRET. — Barcelona.

«¡Oh! Las nubes con el revés de plata, de que nos hablan los poetas, así como este deletéreo traje de primavera bordado en organdi, con aplicaciones de seda bermellón, francés (de la casa The Naughty Wife), evocador de horas violeta impregnadas de suspiros azules..., ondulantes antiespasmódicas...»

— ¿Se entiende algo?

de vez en cuando, para gozarse más en ella, la interrumpe un momento y se frota sus manos gordezuelas; pero vuelve otra vez a sus libretos, siguiendo con la nariz las columnas de números como si los oliese y los siguiese de arriba a abajo por el rastro. De repente se para en seco, fija la vista en un ángulo del techo, y repite vertiginosamente:

— ¡Cuarenta y siete, cuarenta y siete, cuarenta y siete..., cuarenta y siete y catorce, cuarenta y siete y catorce..., sesenta y una, sesenta y una..., sesenta y una. Y sigue sumando como un torbellino.

Pero a las dos de la tarde termina su trabajo.

Muchas veces, por fuerza de inercia, aun sigue sumando y restando maquinalmente cantidades imaginarias; pero esto no le sucede siempre. Hay que hacerlo constar.

Saluda a sus jefes. Se hace cargo de algún trabajo, si lo hay, para casa, y ¡andandito!, que ya su mujercita le estará esperando para comer.

Si tiene cuartos de sobra en el presupuesto mensual, compra por el camino, ya un quesito de nata, ya unas yemas de coco, ya unas peras maduritas en la frutería de la esquina.

Y llega a su calle, allí cerquita, con el paquetito goloso en la mano izquierda, recogida contra el pecho.

La calle es estrecha y corta y sólo con una acera, pues hace mucho tiempo que en la contraria echaron las casas abajo y todavía no han edificado.

Don Antonio llega, y, por lo regular, su mujer ya le espera en el balcón; pero él, esté o no esté esperándole, lanza al aire su silbido de costumbre para que le abran la puerta del piso.

La música de su silbido tiene letra, y es la siguiente, dicha muy aprisa:

— ¡Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí!



CONFIDENCIA

Dib. PINI. — Madrid.

— ¡Nuestra criada tiene mucho dinero, porque papá le decía ahora que era muy rica!

Don Antonio sube despacio, porque sabe que para llegar arriba como joven es necesario empezarla como viejo. La silueta de su mujercita se recorta a contraluz en el vano de la puerta. Hay besuqueos y aspavientos ante las golosinas, cuando las lleva.

En el comedorcito, mucho color... El sol entra un poco, y en los días de invierno es una bendición su luz de oro. La comida, modesta, pero bien. Su mujer, bonita, le sonríe. Don Antonio es feliz. Si hay dinero, el matrimonio va por la tarde al teatro, al cine o al café. Si no hay suficiente y hace bueno, dan un paseo hasta el Hipódromo, hasta la Moncloa, según, y regresan después en tranvía.

Ella arregla la cena, porque Bernardina está sólo medio día en casa, y él trabaja.

Después de cenar — esto sí que es invariable —, ella se queda en casa, y él se pasa tres horas justas en la habitual peña del café, donde muchas veces, a instancias de algún amigo, juega su partidita de billar...

A las doce en punto, muy arropadito, si es invierno, a casa otra vez.

Llega a la esquina de su calle, y silba.

— ¡Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí!

El largo calderón final desfallece en un débil trémolo. Allá arriba, un gran cuadro de luz en lo oscuro de la noche. Suenan las vidrieras del balcón. Se oye una voz femenina:

— ¡Sube!

Requiere su gran llave — cuatro kilogramos justos —, y entra.

La vida de D. Antonio se desliza así, feliz y sonriente.

UNA NOCHE...

Una noche, al llegar al café, le alargó el camarero, ¡cosa rara!, una carta. La abrió y la leyó.

La boquilla de ámbar sufrió un fuerte mordisco.

Don Antonio se puso un poco nervioso, ¡cosa rara!, pero se quedó en el café hasta la hora de costumbre.

Aquella carta era anónima, y decía:

Sr. D. Antonio Minguez:
Es usted un babieca que, mientras discute de política o juega a las carambolas en el café, su mujer se la pega.

Vuelva usted mañana a su casa a la media hora de salir por la noche y suba hasta su piso; pero sin silbar.

Verá cómo es cierto lo que le dice

UN AMIGO.

El anónimo estaba escrito a máquina.

¡Dios Santo, qué noche y qué día pasó el bueno de D. Antonio!

La duda, la horrible duda, le clavó su agujón, y su herido espíritu se debatió prisionero en aquella jaula de grasa...

¡Se olvidó hasta de que tenía reuma!

¡Pero no; no era posible que le engañase su mujer! ¡Envidias!... Sin embargo, le desazonaban los celos, «el monstruo de ojos verdes que se burla del alma en que se ceba».

¿Qué hacer? ¿Qué no hacer?...

Llegó la hora de irse a la tertulia.

— ¡Bueno; adiós, niña!

— ¡Qué te abrigues, que hace mucho frío!

— ¡Adiós!

Y D. Antonio, con su boquilla de ámbar entre los dientes, sus lentes montados al aire y su airoso curva abdominal, salió como siempre. Pero no fué al café.

Dió vueltas y vueltas por las calles, y con gran extrañeza suya, quizás debido al frío de la noche, quizás a su temperamento linfático, notó que se hallaba relativamente tranquilo y sin fuerzas para acometer una escena violenta.

— ¡De modo que le engañaba su mujer; su mujer, que le llamaba maridito mío, bobo, tontín y le cuidaba sus alifafes!

Rápidamente se decidió. Había llegado hasta la plaza de España.

Deshizo el camino, y al llegar, anhelante, a la esquina de su calle, se detuvo.

Se detuvo y, de un modo trágico, miró hacia arriba. Titubeó un momento, sólo un momento. Un remolino de ideas se hizo en su cerebro. Después lanzó al aire su silbido de siempre:

— ¡Estoy aquí, estoy aquí, estoy aquí!

FRANCISCO DE TROYA.

UNA INJUSTICIA

PEDIMOS que se pongan de acuerdo los ministros de Hacienda y de Estado. Uno anuncia que establecerá impuestos sobre el celibato, y el otro se opone, apoyándose en un reglamento antiguo, a que los artistas pensionados para Roma contraigan matrimonio.

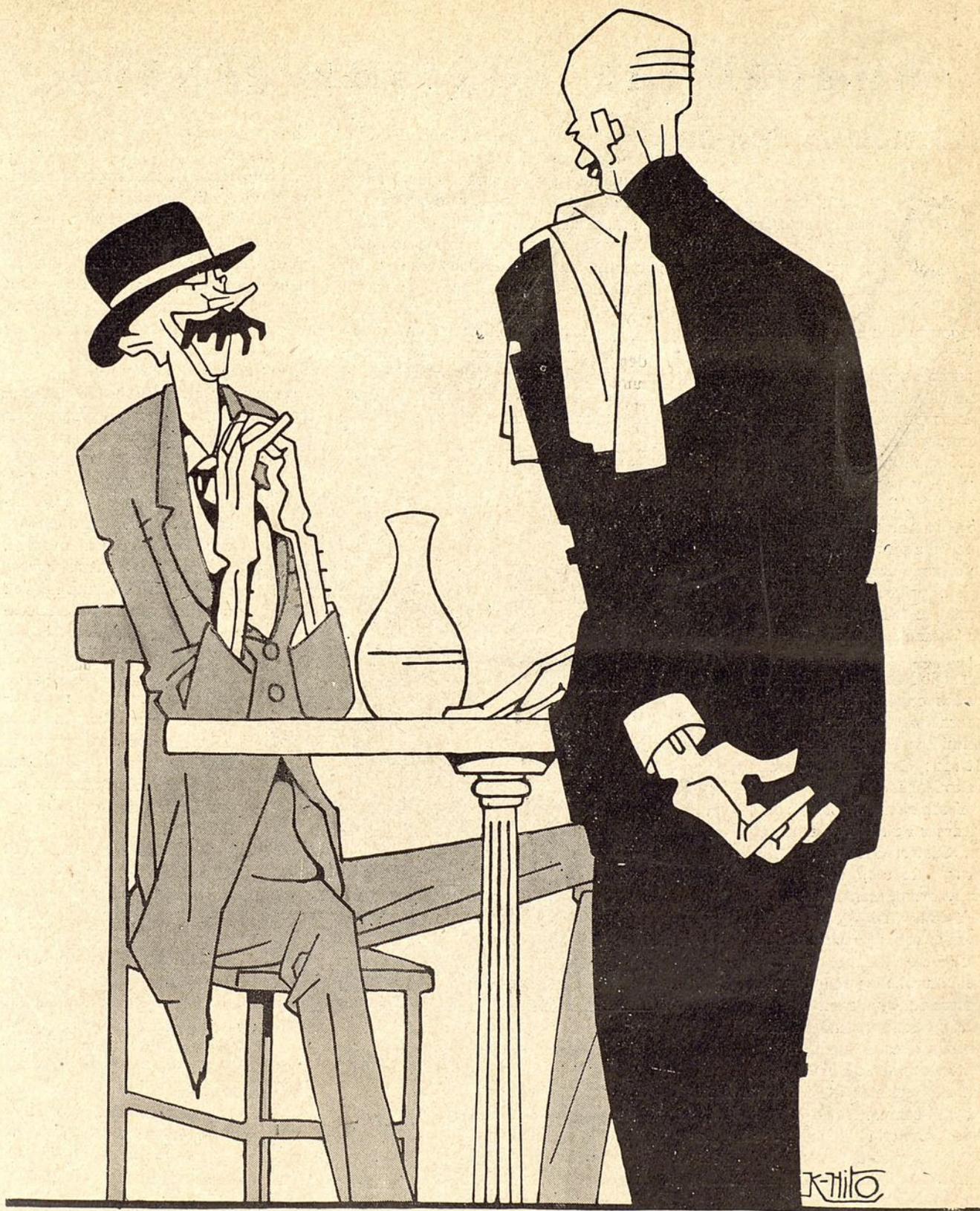
Sabemos de un caso concreto: un hombre que perderá la pensión si lleva al altar a su prometida antes de cuatro años.

El mismo perjudicado es quien nos induce a escribir las presentes líneas. Es lo que él dice:

— No me lo explico: Hacienda, según afirman los periódicos, me quiere hombre casado...

— Y Estado, ¿cómo te quiere?

— ¿Estado?... ¡Soltero!



— ¿Qué quiere el señor?
— Cafe con media; pero oiga usted, me corta la media de arriba muy delgadita, muy delgadita, ¿sabe?..., y me trae la de abajo...

Dib. K-Hito. — Madrid.

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

EMERICO H. NUNES



PORTUGAL tiene ahora un grupo numeroso de dibujantes humorísticos. No le han faltado nunca semanarios satíricos, y, lo mismo en la época de los Braganzas que hoy día, el caricaturista ha podido decir libremente cosas que aquí no se consienten o se les pone la sordina de la censura.

Luchaba por la República bajo la Monarquía; sueña con los retornos monárquicos o con los progresos societarios bajo la República. Es siempre el disconforme, el revolucionario que debe ser en todo momento el verdadero caricaturista.

En Portugal ese tipo representativo de la opinión libre se ha llamado Bordallo Pinheiro cuando la segunda mitad del siglo XIX; Leal da Cámara en los comienzos del XX, y ahora tiene varios nombres ya definidos: Nunes, Barradas, Stuart Carvalhaes, Soares Teles Machado.

Y también Ramos Ribeiro, Meneses Ferreira, Rocha Vieira, Castro, Silva, Pacheco Cruz, Cândido, Almada, Correa, Canto, Juan María.

Y todos ellos capacitados para la sátira, la fantasía decorativista y la observación del natural, alentadas con una generosidad de criterio ajeno que no excluye, sino fortifica la eficacia estética de la orientación colectiva. Cada uno de estos humoristas, alejado en apariencia de sus compañeros — camaradería de elección previa o de proximidad ocasional, es lo mismo —, contribuye a dar la sensación global de una orientación ya segura.

Nietos espirituales de Bordallo Pinheiro, el creador de *Zé Povinho* — que es, como el *Michel* alemán, el *John Bull* inglés, la *Mariana* francesa, el *Uncle Sam*

norteamericano, el *Pasquino* italiano, el *Gedeón* español, intérprete de la racialidad íntegra y sometida a las arbitrariedades del Estado —, y de Leal da Cámara, el emigrado y triunfante en Madrid y París cuando en Lisboa no podía respirar su independencia rebelde, los modernos humoristas portugueses, sin olvidar el fin primordial de la caricatura — su aspecto político en un sentido demoledor —, prefieren la sátira de costumbres, la ingeniosidad anecdótica, el episodio burlesco, los tipos a quienes, según la frase del fundador de *A Linter-*

rubias y las redacciones de semanarios muniquestes.

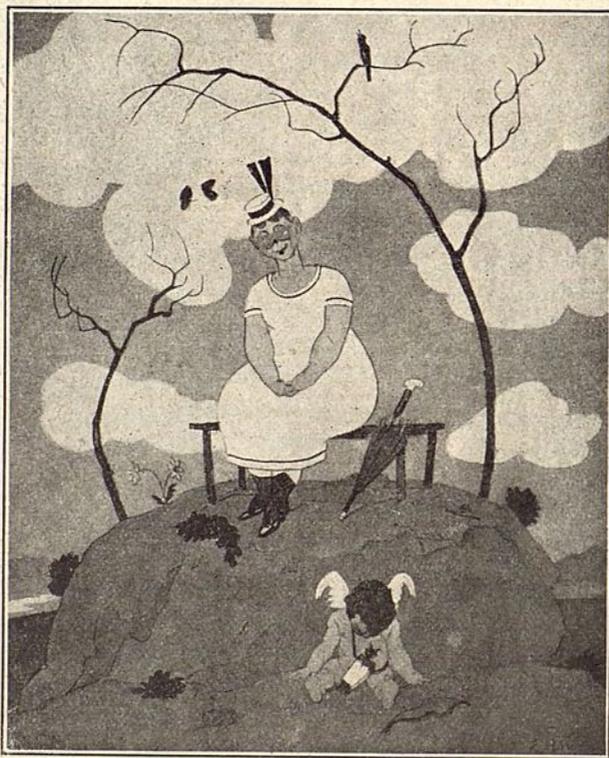
La enigmática H. de la firma de Nunes oculta un apellido germánico: Hartwich. La línea de sus dibujos proclama la germánica filiación. Las *Lustige Blätter* y *Meggendorfer Blätter* están colmadas de escenas divertidas que firma Nunes. Y de cuando en cuando el caricaturista atraviesa Europa para organizar en Lisboa un Salón de Humoristas o publicar en *La Esfera* y BUEN HUMOR figuras internacionales con epígrafes de un sabor español. Emerico Hartwich Nunes es

alto, rubio, un poco desgarbado y muy serio. Cuando beba cerveza y degluta esas horribles ensaladas y esas salchichas, esas chucrutas que el paladar de los frequentadores de la plaza de Santa Ana encuentra ya deliciosas, tendrá el aire jocundo y cándido de un berlinés olvidado de la guerra. En las viejas calles lisboetas, en los nocturnos holgorios entre artistas, resurgirá el romántico poso de su alma lusitana, tal como sus cartas de la Schellingstrasse de Munchen Solln o desde la Quinta da Cartaxeira de Carcavellos nos le descubren.

Pero Madrid le ha conocido rígido, grave, con sus saludos automáticos tan germanos.

Para hallar íntegramente, expresivamente contenidas todas las admirables cualidades de humorista que posee Emerico Nunes, hay que buscar sus dibujos en la colección de los nueve últimos años del *Meggendorfer Blätter*.

Antes de la guerra, no tan frecuentes; durante la guerra, aislados y con largas pausas que revelaban la imposición de los nacionalismos exacerbados, obligando a Nunes a residir fuera de Alemania. Después de la guerra, ya numerosos, en una pródiga y feliz exuberancia. Es durante los años 1919, 1920 y 1921 cuando la colaboración de Nunes absorbe las páginas de *Meggendorfer Blätter*.



El amor se cansa de esperar.

na Mágica, «hay que restregar el estuco contra la voluntad de su dueño».

* * *

Emerico H. Nunes está en la vanguardia. Dentro y fuera de Portugal. Reparte su vida y su ingenio entre la patria nativa y la de adopción. En Alemania siente la melancólica saudade; en Portugal sueña con las *gretchens* de trenzas

No resulta fácil la competencia. La revista muniquesa tiene bien sólidos prestigios humorísticos: Mauder, Martín Claus, Frank Kelen, Lonkote, Nanz, Hoffmann, Stirner, Bock, Maier, sin contar los un poco anticuados Mukarousky, Bécker, Pommeranz y Liebich.

Y, sin embargo, Emerico Nunes, aun dejando detrás de su H. enigmática el apellido que le daría mayor carácter alemán, ostenta una exacta interpretación de los tipos, de las costumbres, hasta de la maciza y pesada composición de los epígrafes, con su goticismo externo.

Nunes satiriza a Alemania desde las clases aristocráticas hasta los tipos esencialmente populares. Se detiene con marcada delectación bufonesca en la burguesía; la baja burguesía, sometida a sus parcas ambiciones, y la burguesía alta, con sus cimas recientes de los nuevos ricos. La línea es fácil, regocijada, de una espontánea deformación grotesca que no impide la elegancia. Se adapta, además, a los diferentes medios. Quiero decir que, siendo siempre personal e inconfundible el trazo de Emerico Nunes, cambia de ritmo y de expresión, según represente escenas de castillo nobiliario, de brassería colmada de mesócratas, de suburbio peligroso o de lugareños y aldeanos. O de cuartel. Esto último pocas veces. Es curioso observar que, después de la guerra, la caricatura alemana — y a Nunes



EL. — *En cuanto el Sol logre romper victorioso las nubes, me decidiré. Así, con estas mismas palabras se lo diré a tu padre.*

ELLA. — *¡No, por Dios! ¿No sabes que es paraguero?*

ha de incluirse en el grupo actual de los jóvenes humoristas germánicos —, generosamente antimilitarista antes de 1914, ahora apenas alude a episodios donde intervengan soldados y oficiales.

Están muy lejos aquellos dibujos del *Simplicissimus* y de la *Jugend* que firmaban Bruno Paul, Teodoro Heine, Gulbranson, Paúl Rieth. Los jóvenes, más

excépticos acaso, no se ocupan de zaherir un cadáver que la egolatría de unos cuantos pretende galvanizar.

Emerico Nunes responde a esa indiferencia de sus contemporáneos y compañeros de colaboración. El campesino, el burócrata, el pseudoartista, la mujer fácil, el nuevo rico, el deportista: he aquí sus modelos habituales que fija en rasgos certeros o en finas estampas de una deliciosa tibieza tonal.

Porque las caricaturas coloreadas de Emerico Nunes, sin perder la graciosa comicidad de las figuras, de la composición y del tema, son de una delicadeza extraordinaria. Elige los medios tonos gratos a la vista, traza los contornos con lápiz evitando la dureza de la tinta china. Obtiene sutilísimas cadencias cromáticas que hacen pensar en los maestros japoneses.

Nada grita ni se rebela en esas estampas plenas de buen gusto y distinción. Dan la medida del espíritu del artista latino expatriado en la brumosa Germania.

Y se comprende más esa dulce cualidad técnica de Nunes al saber que es un paisajista muy sensible a la naturaleza. Cuando la humanidad grotesca le asfixia, se refugia en Suiza o vuelve a su patria y va fijando en cartones, en pequeños lienzos, paisajes solitarios, animados de una tranquilidad sonriente...

JOSÉ FRANCÉS.



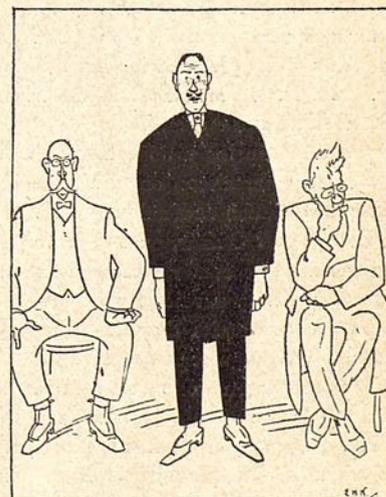
— *Dígale usted al señor que venimos para un asunto muy delicado.*

— *¿Delicado? Entonces no pueden verle, porque bastante tiene con su enfermedad del estómago.*



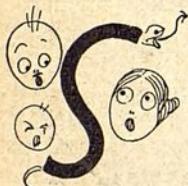
EL. — *¿Una salchicha esto? ¡Vamos, hombre! ¡Es cosa de reirse!*

ELLA. — *Menos mal que a usted le hace gracia. Los demás se ponen furiosos.*



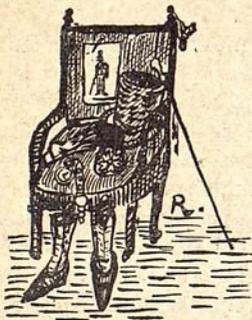
EL ORADOR. — *Si mis adversarios creen que me van a azorar con sus interrupciones, se equivocan. Estoy muy acostumbrado a que me llamen idiota e imbécil.*

EL PINTOR DE RETRATOS



Si yo fuese pintor, no sería pintor de retratos de personajes oficiales; eso, de ninguna manera. Inventaría grandes cuadros de imaginación, buscaría los sitios alegres pintaría las mejores horas interiores, pintaría, como el gran Iturrino, grupos de mujeres bañándose.

¿Paisajes? Tampoco pintaría paisajes, porque es la Naturaleza una cosa muy seriosa y desvanecedora del alma, aunque la engañe con sus goces sublimes. Yo sólo pintaría paisajes de una hora, paisajes con-



seguidos como quien se da un breve paseo por el campo.

¿Marinista? ¡Jamás! Toda la playa se burla de los pobres marinistas, y ha habido muchos casos de naufragio de marinistas célebres que permanecieron distraídos en su éxtasis de artistas cuando el mar avanzó en su alta marea. La ligera astilla del caballete no les valió como tabla de salvación, y perecieron en el rizo de las olas que se habían dedicado a pintar.

¿Bodegones? Quizás, pues el pintor de bodegones suele comer arroz con gallina cada tres días, y perdices, y las mejores frutas, y una docenita de ostras acompañadas de una larga copa de jerez.

Pero bueno; en todo podría incurrir, hasta en la pintura de historia, aun teniendo que pagar el alquiler de comparsas, trajes y reyes; pero jamás en la pintura de retratos de personajes oficiales.

¡Pobres retratistas de personajes oficiales! El señor o la señora a la que retratan les pagan muy bien; pero las humillaciones que sufren son terribles.

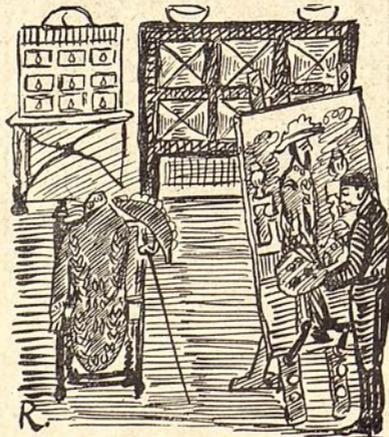
No ven a la ilustre dama o al ilustre

señor nada más que el primer día y el último. Los demás días son introducidos en un cuarto trastero, y allí pintan frente al maniquí vestido con el traje de cola de la señora, o frente al uniforme, las cruces, el sombrero y el espadín del excelentísimo señor. El criado los pasa al cuarto en que está el maniquí, y allí los deja, sin disimular cierta sonrisa al salir.

El pintor, muy puesto de etiqueta, hace a la señora o al señor, representado por su traje, cortesías silenciosas, vagos gestos de pleitesía, y se siente muy embarazado cuando tiene que mover a la supuesta excelentísima señora cogiéndola por la cintura, como si, al fin, como sucede en las películas, el pintor se hubiera enamorado de su aristocrática modelo. Si el esposo viese por el ojo de la cerradura esa escena, abriría la puerta y le diría al pintor con el gesto airado de rúbrica: «¿Qué hacía usted, caballero?»

El pintor sin rebeldía que pinta retratos ilustres en las salas solitarias y frías, no se podrá dar tono frente a nosotros, los hombres independientes y modestos. El pobre pasa muy malos ratos en las destaraladas habitaciones del palacio, donde parece que el señor ha dejado su ropa para acostarse, y donde el pobre pintor vela un sueño matrimonial que se desliza detrás de las cortinas, teniéndose que contentar con copiar las ropas que el señor y la señora han abandonado en la antesala de su alcoba. ¡Qué papelito!

Los ambiciosos pintores de retratos ilustres llevan la penitencia y el castigo de haber abandonado su arte para dedicarse a ser los peluqueros, los sastres y los *fisonomistas* de los grandes señores, en esa larga quincena de ayuda de cámaras que tienen que pasar contemplando las botas,



los trajes y los sombreros de los ilustres paseantes.

Yo sonrío al ver a los retratistas en su hora de asueto, cuando ya llevan en la cartera el producto de los cuadros, cuando se resarcen de haber estado encerrados con los maniqués y las perchas, teniendo encima que contar anécdotas a los pseudo-ilustres para entretenerlos, y no pudiendo fumar muchas veces, porque su excelencia lo primero que les ha advertido cuando los ha dejado solos con su maniquí, es: «Que a su maniquí le molesta el humo.»

Pero el pintor de retratos de la aristocracia que he visto peor tratado fué aquel que tenía que ir todas las temporadas a casa de la señora vizcondesa — más ser-



viles son, después de todo, los relojeros, que tienen que ir todas las semanas a dar cuerda a los relojes — para variar las modas a la retratada. A principio de estación recibía recado telefónico de la señora:

— Maestro..., rrrrr..., venga usted por aquí, que quiero que... rrrrr... me haga un traje de moda y... rrrrr... un sombrerito parisense... rrrrr...

Cuando aquel pintor, que resultaba un sastre más que un pintor, iba por aquella casa, entregaba a la señora vizcondesa los últimos figurines, y, según ellos, pintaba sobre las prendas de su antiguo retrato un sombrero y un vestido diferentes, y cobraba aquellos arreglos a precio de gran modisto, porque cuando se planteó la cuestión del pago y la gran señora, par la que no pasaban los años, le preguntó: «Y por esto, ¿cuánto podríamos poner?», él contestó: «Lo que haya pagado por su último sombrero y por su último traje.» Y eso le fué concedido y hecho efectivo.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Ilustraciones del escritor.)



UN BUEN CIUDADANO

Dib. ROBLADANO. — Madrid.

- ¡Pues el cobrador lleva las de perder!...
- ¡Ca, hombre! Cumple con su deber: ¿no ves que está cobrando?

DEL BUEN HUMOR AJENO

LOS HERMANOS SIAMESES, por Tristán Bernard.



CONOCIDA es la clásica fábula de La Fontaine en que un anciano, en su lecho de muerte, aconseja a sus hijos que sigan unidos si quieren prosperar en la vida.

¿A quién puede hacerse mejor esta recomendación que a dos hermanos siameses que mientras están unidos pueden ganar cincuenta francos diarios en un circo, en tanto que si se empeñan en separarse, apenas ganaría cada uno de ellos franco y medio al día escribiendo a máquina direcciones de cartas?

Yo he conocido en Londres dos de estos gemelos unidos, llamados vulgarmente hermanos siameses y denominados por la Ciencia xifópagos.

Eduardo y Edmundo tenían una fortuna muy considerable, que les podía evitar el tener que exhibirse como fenómenos. Eduardo había nacido en Manchester hace veinticinco años. Edmundo había nacido igualmente en Manchester hacia la misma época.

Durante su adolescencia se parecían de una manera extraordinaria, hasta el punto de que la gente que no sabe donde tiene su mano derecha ni su izquierda no podía llegar a distinguirlos.

Pero en cambio, con la edad se acusaron entre ellos diferencias morales muy hondas. Eduardo tenía gustos de seriedad y de estudio. Edmundo tenía instintos bajos y populacheros. Este último no estaba contento más que en la compañía de vagabundos y bebedores. El desgraciado Eduardo, con su libro de estudio bajo el brazo, se veía precisado a tener que seguir a Edmundo por las tabernas. Y cuando Edmundo

volvía borracho a casa, Eduardo no tenía más remedio que hacer eses con él, ruborizado, para no hacerse daño, por no quebrarse la espina dorsal.

Eduardo llegó a ser un erudito distinguido; pero no pudo muchas veces ser invitado a los banquetes de las Sociedades científicas, porque el crapuloso Edmundo, desde la sopa comenzaba a contar esas historias obscenas que las personas formales reservan ordinariamente para la sobremesa de los banquetes políticos.

El año pasado Eduardo pidió la mano de una bella y rica señorita. La boda se celebró con gran pompa. Hubo necesidad de invitar a Edmundo, que se portó bien durante la ceremonia, quizás porque la presencia de su cuñada le infundía aún cierto respeto. En el cortejo

nupcial, la esposa de Eduardo, Eduardo, Edmundo y la madrina desfilaron los cuatro juntos, en medio de la admiración general.

Edmundo, la noche de bodas, estuvo muy conveniente y muy discreto. Se durmió el primero, y a la mañana siguiente hizo como que se despertaba tarde. Durante la luna de miel de su hermano se moderó en la bebida, cuidaba su lenguaje y se vestía elegantemente, en atención a que salía con una señora.

La muchachita — ¿he dicho que se llamaba Cecilia? — ejercía sobre Edmundo una gran influencia... Al cabo de poco tiempo aconteció lo que llega a suceder cuando se aproxima un célibe a un matrimonio. Entre Cecilia y el pérfido Edmundo se establecieron unas relaciones culpables.

Durante seis meses Eduardo no se dio cuenta. Pero al fin acabó por enterarse. Encontró cartas en un cajón mal cerrado, y comprobó de una manera irrecusable que su mujer y su hermano le traicionaban diariamente. ¿Qué camino debía tomar?

Batirse en duelo con Edmundo no era compatible con las costumbres inglesas. El duelo a pistola a veinticinco pasos no era posible, lo mismo que el duelo a espada, y menos con la acostumbrada prohibición del cuerpo a cuerpo. Además, que ¿y si matase a su hermano? ¿Podría continuar su vida de marido? ¡Siempre con un cadáver al lado!

Hizo venir a Cecilia: — Desde hoy — le dijo — no profanarás más el domicilio conyugal. ¡Vete!

— Bien — dijo ella.

— Bien — dijo Edmundo —. Pero yo la acompaño.

Y el pobre marido tuvo que seguirlos.

Edmundo instaló a Cecilia en una casita confortable en el campo. Y como todo suele arreglarse entre los xifópagos, nada turbó en lo sucesivo la felicidad de los tres.

J. L. R.



UNA PROTESTA

— ¡También podía usted llevar la perrita a la Puerta del Sol, allí, que hay water-closet de señoras!...

Dib. IBÁÑEZ. — Madrid.

NOTICIAS
TEATRALES



Los del Centro, con Borrás a la cabeza, estrenaron la obra póstuma de Galdós *Antón Caballero*. Han sido refundidores los hermanos Álvarez Quintero.

El respeto a los idos, y más si el que se fué se llamaba D. Benito Pérez Galdós, nos releva del comentario humorístico. ¡Y si unimos esta consideración a la de que al estrenarse la obra ya estaba este número en máquina!...



Don Pedro Muñoz Seca estrenó una... (en los puntos suspensivos pueden ustedes poner la palabra que mejor les acomode) en el teatro de la Princesa con el título de *Dentro de un siglo*. En esa... (repitan lo de antes) resulta que los abogados, dentro de cien años, serán mozos de cuerda.

Sería curioso averiguar qué clase de tracción se utilizará para los vehículos dentro de un siglo. ¡Y para qué emplearán, cuando pase todo ese tiempo, a algunos autores cómicos!...



Un músico catalán — el Sr. Obradors — ha estrenado en Cervantes una opereta, que atribuye a no sabemos quién — hay unos nombres en *camelo* que adornan los carteles —, y que ha gustado al público.

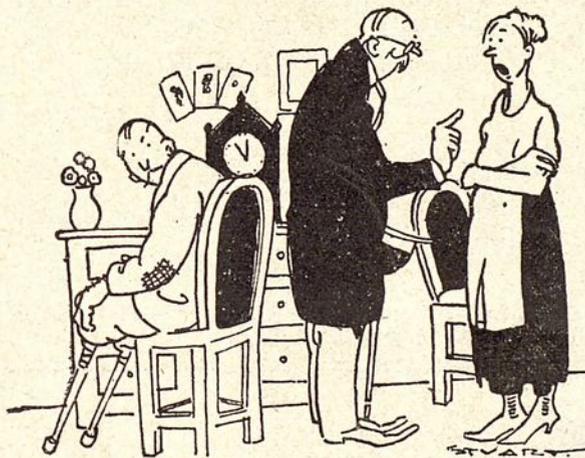
El Sr. Linares Becerra, con sus dramones policíacos, y el Sr. Obradors, vienen a ser una excepción de la regla general.

La regla general es que los autores se apoderen de las obras y las estrenen con el *camelo* de sus nombres auténticos.



CORRESPONDENCIA
MUY PARTICULAR

F. S. M. Ávila. — Gracias por su suscripción de trimestre, cuyo importe hemos recibido. Aprovecharemos alguno de sus



CONSULTA

EL MÉDICO. — *Nada; si le repite, le da usted unos pediluvios con mucha mostaza.*

(De STUART CARVALHAIS, en A B C a Rir, Lisboa.)

monos, no porque sea usted suscriptor, ¿eh?, sino porque realmente lo merecen.

¿Sería usted tan amable que nos diera el nombre de un buen corresponsal administrativo en esa capital?



De poeta a zapatero. — No están del todo mal; pero no nos hacen. Y, ¡a propósito!, ¿quién es usted?



T. M. A. Madrid. — Ese Cambó lo mismo puede ser el actual ministro de Hacienda que Alfonsito Retortillo.



S. N. M. Madrid. — ¿Con membrete del Correo central? Usted es Francés o K-Hito. Su dibujo no sirve; pero le juramos que no le diremos palabra ni a uno ni a otro.



Villalta. Barcelona. — Remitido número que pide. Nuestro corresponsal es el vendedor de la Rambla de los Estudios, Kisco Nacional.



C. G. de U. Madrid. — Si que hoy las ciencias, sobre todo la cirugía, han adelantado una barbaridad...; pero hombre, no tanto, no tanto. Por cierto que, no se moleste usted, pero necesita ponerse a tono con las ciencias.



S. M. Albacete. — Se publicará. Lo que no podemos prometerle es cuándo.



M. G. G. Madrid. — Quedan admitidos su historieta *El puro* y su dibujo; mándenos usted más cosas.



F. G. Madrid. — De las tres historietas que nos envía, da la maldita casualidad que ninguna de las tres nos ha gustado. Para otra vez tenga la precaución de dibujar con tinta china, única manera de poder reproducir como Dios manda los originales..., los originales buenos, naturalmente.



L. L. R. Madrid. — No entendemos ni una palabra ni una línea de su historieta. De publicar *El atraco* seríamos nosotros los que atracásemos al respetable público.



Trillo. Aranjuez. — ¿Tiene usted algo que ver con las aguas? Lo que nos envía está bien dibujado; pero la historieta no

aparece por ninguna parte. ¿No se habrá quedado entre barreras? No podemos, pues, incluirla en el concurso.

* * *

S. A. Madrid. ¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Apíadese usted de nosotros! No nos mande dos historietas malas diarias, y resérvese usted para remitirnos una buena cada quince días, y ya es bastante asiduidad.

* * *

García. Madrid. — Su historieta de don Cenón está muy requetebién dibujadita...; pero de gracia anda medianilla, y de originalidad, rematadamente mal.

* * *

Goicoa. Madrid. — Nuestro concurso de historietas es para dibujantes. Su historieta en «eta» no nos «peta».

* * *

J. Ll. Zaragoza. — Se publicará. Gracias por sus indicaciones; veremos de poner remedio a esa anomalía.

* * *

S. L. Valladolid. — Conformes. Remita usted eso, y si gusta y como promete es cosa de *reírse las tripas*, le daremos gusto publicándolo en las planas de anuncios.

* * *

M. M. A. Madrid. — Muchas gracias por su felicitación. De *Madrid Cómico* a BUEN HUMOR hay un rato largo. Su artículo nos ha parecido... muy..., demasiado *Madrid Cómico*. Modernícese usted, amigo, e insista con otra cosilla un poco menos... transcendental.

* * *

Escolástico. Santander. — ¡Ta day, pobreza!

R. J. Salamanca. — Pero hombre, teniendo ahí a mano la Universidad, ¿no sabe usted lo que es una historieta?

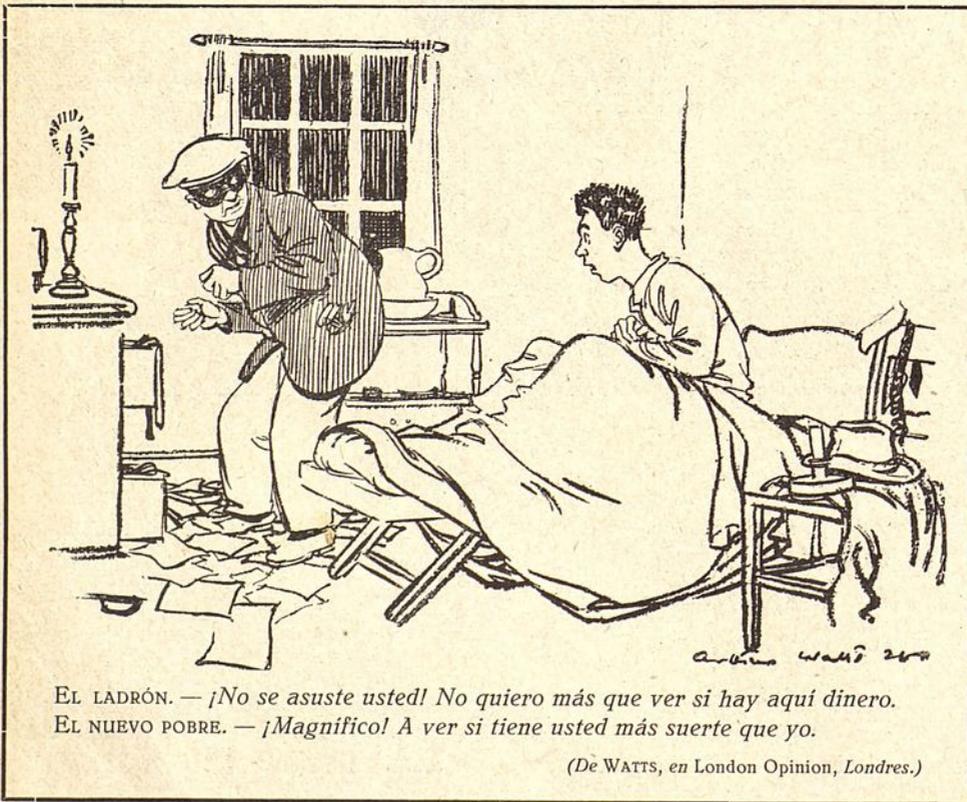
* * *

S. R. Zaragoza. — Lo que usted se habrá dicho: en siendo de Zaragoza..., puedo mandar lo que quiera; y no: hay que ser de Zaragoza, o de Logroño, o de La Almunia de Doña Godina, pero saber dibujar.

No se devuelven los originales, exceptuando los que se refieran a nuestros concursos, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



EL LADRÓN. — ¡No se asuste usted! No quiero más que ver si hay aquí dinero.
EL NUEVO POBRE. — ¡Magnífico! A ver si tiene usted más suerte que yo.

(De WATTS, en London Opinion, Londres.)

— POLVOS —
PARA LOS DIENTES
DEL

DR. PETER

Pulimentan y preservan el esmalte al que dan una blancura como la perla; proporcionan a las encías un color fuerte, sanguíneo, muy agradable a la vista.



DEPOSITARIO

URQUIOLA

MAYOR, 1

MANTEQUERÍAS LEONESAS

M ★ R

ES LA MEJOR MANTECA DEL MUNDO
COMESTIBLES FINOS

ALCALA, 21

SEÑORAS: Visitad esta casa, donde encontraréis en abundancia y de las mejores marcas, jamones, fiambres, faisanes, capones de Bayona, champagne, vinos, licores y toda clase de artículos propios para regalo.



ACCIDENTES FERROVIARIOS

(De DONATI, en Pasquino, Turin.)

EL VIAJERO. — ¡Eh, mozo! ¿Cuánto falta para irnos?

EL MOZO. — ¿No lo ve usted? ¡Cerca de tres cuartos de hora!

ESTUDIO FISONÓMICO



ELLA. — ¿De quién es este pelo?

ÉL. — De mi bigote, mujer.

(De London Mail, Londres.)

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO,
CON PROPIEDADES MARAVILLOSAMENTE CURATIVAS Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA. — Mayor, 1

MADRID



BUEN HUMOR



SEMANARIO SATÍRICO

Precios de suscripción EMPEZARÁ EL PRIMERO DE MES

MADRID

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	6,50 pesetas.
Semestre (26 —).....	13 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO. — UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES

MANZANEDO Y COMP.^ª, México, 647.

Semestre.....	\$ 6
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ANGEL, 5

MADRID



El
Jabon
Flores del Campo

ES EL MÁS PERFUMADO, Y DE PASTA MÁS UNTUOSA Y
DETERGENTE DE TODOS LOS JABONES DE TOCADOR

— CREACIÓN DE FLORALIA. — MADRID —



- ¡Capitán! ¿Qué pasa?
— ¡Que hemos encallado en un banco!
— ¿Un banco? ¡Aquí sí que cambio yo la peseta!

Dib. de LÓPEZ RUBIO.